

Recordar, compartir, aprender

Castellón  
Bartolomé Breva, 78  
Cinta Monferrer, 34

## LA HISTORIA

Nuestro primer encuentro tuvo lugar en el centro donde hace las veces de bibliotecario.

No nos habíamos visto nunca y a pesar de ello, de las conversaciones telefónicas previamente mantenidas entre los dos, parecía desprenderse que la química necesaria para abrir las ventanas de los recuerdos iba a fluir. Y así fue. Surgió la chispa y me regaló una historia. Hela aquí.

Siempre quiso ir a la escuela, pero la guerra le rompió su sueño.

Su infancia transcurrió entre el campo, donde no tenía acceso a la educación y sí al duro trabajo de la tierra, y Borriol, su pueblo natal, que tenía colegio. Los padres habían optado por combinar las dos opciones habida cuenta que el racionamiento en Castellón era más abundante y el terrenito pertenecía a la ciudad.

Su inquietud le hacía leer por las noches a la luz de un candil ocultándose de su madre, puesto que el consumo de aceite para el alumbrado era un lujo que la economía familiar no se podía permitir. Aún así persistía en su empeño.

El primer libro que pudo comprar con 14 años fue *El Quijote* y el segundo un diccionario, que aún hoy conserva. Tras labrar campos y cortar madera consiguió un empleo en una fábrica azulejera de Castellón. Por aquel entonces contaba con 16 años y con una bicicleta.

Alrededor del horno moruno que cocía las piezas cerámicas, varios compañeros y él constituyeron una sociedad de lectura. Cada miembro aportaba una peseta a la semana y él se encargaba de abastecer de novelas del oeste al grupo.

Una noche en el trabajo, escuchó de la prohibida Radio Pirenaica que por primera vez en la historia un hombre había salido al espacio, y que a su regreso dijo no haber encontrado ni visto a Dios.

Fue por aquel entonces cuando alguien le prestó *El juramento de Lagardere*, una novela de capa y espada que lo cautivó. Desde ese momento, aunque continuó con la tarea de provisión de fondos bibliográficos, abandonó las obras del oeste para dedicarse a la lectura de otros géneros. Y así accedió al mundo del estraperlo de libros prohibidos.

La trastienda de Armengot, una casa particular en la plaza del Real y un señor que se apostaba todos los domingos frente a la fuente de Les tortilleres fueron sus primeros suministradores en Castellón. Después, cuando cumplía el servicio militar en Valencia, frecuentó el primer piso de París Valencia, alguna que otra librería de lance y a las vendedoras de boniatos y castañas de la Gran Vía Marqués del Turia, las cuales cobraban un pequeño depósito por libro retirado y una cantidad en concepto de alquiler.

De este modo pudo conocer *Las tribulaciones de una pulga*, las aventuras de *El Conde de Montecristo*, las obras completas de Blasco Ibáñez, y las de Miller entre otras muchas más.

Pero sus inquietudes iban mucho más lejos, el cine era otro de sus destinos habituales. Recuerda haber pagado cinco pesetas por ver el estreno de *Lo que el viento se llevó* en Valencia. Una verdadera fortuna para su poder adquisitivo. En Castellón el cine costaba una peseta a excepción de El Codony cuya entrada valía la mitad y al que no iba porque desde el gallinero, la gente lanzaba al patio de butacas cáscaras de cacahuetes, altramuces y pieles de boniato.

Hoy, con 78 años tiene ordenados en distintos álbumes los programas de las películas que vió y recogió en su juventud. Guarda un recuerdo especial por films como *Los ladrones somos gente honrada*, *La culpa del otro*, *El pobre y el rico*, todos, de Iquino aunque desconoce a quién pertenece la dirección de los mismos.

Además, en distintos cuadernos tiene recogidos los datos y hechos personales más relevantes, a modo de diario. Cada año de su vida está encabezado por el título de una película que tiene que ver con lo vivido; así el año 1951 está encabezado por *Hoy no pasamos lista*, en referencia al servicio militar iniciado durante el mismo. En otros álbumes, los prohibidos, guarda también una selección de chicas desnudas “les tietes” extraídas de revistas de la época del destape y de otras posteriores.

Recordar, compartir, aprender

Su tiempo lo ocupa entre el centro de mayores, donde de nuevo gestiona las lecturas y “el maset” donde tiene lechugas, tomates, berenjenas, pimientos, naranjos y una higuera. El año pasado alguien le explicó que si a los higos les ponía una gota de aceite de oliva en la base, en una semana madurarían y él está feliz porque puede agasajar a sus visitas si se anuncian con antelación, con esos preciados frutos.

No le gustan ni el fútbol ni los toros, y desde nuestro primer encuentro dejó muy claro que no iba a hablar de política, tampoco de la guerra. Pero él vota.

Hijo de madre analfabeta y padre que sólo sabía leer más no entendía que el día tuviera 24 horas, sólo hay un libro que no ha podido terminar: el *Ulises* de James Joyce. Me ha contado que recientemente vió en la tele a un sabio que explicó que esa obra había que abordarla leyendo diez páginas por día y ese constituye su reto de hoy. Seguro que lo logra. Se llama Bartolo, Bartolomé Brea y es mi amigo.

### LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Hay una película que se titula *Qué bello es vivir* y otra *La vida es bella*. Así, después de 78 años cumplidos creo que en la vida he disfrutado de muchas cosas pero como hay que comentar las mejores, me voy a quedar con tres que aún siguen gustándome.

A pesar de que aprendí bastante tarde, leer ha sido mi principal afición. La lectura siempre ha estado presente en el día a día. Debido a las circunstancias de la guerra civil tuve que aprender a mi manera.

De niño, si leía por las noches lo hacía con un candil de aceite, una vela o una bombilla de 20 vatios cuando estábamos en el pueblo. Pero eso era si no se iba la luz. Si se encendían dos bombillas la potencia se repartía entre las dos salas. Hace mucho tiempo que las cosas han cambiado pero como decía Alejandro Dumas padre “¡aquel tiempo tan feliz que éramos tan desgraciados!” a pesar de todo, yo era feliz.

Con la escritura me ocurrió lo mismo que con la lectura. Siempre me ha gustado mucho. Pero me costó mucho esfuerzo aprender, ahora tengo todos los años de mi vida recogidos en cuadernos.

Mi otra pasión fue el cine al que de joven iba todas las veces que podía (si tenía dinero). Hoy ya no voy, miro películas en la televisión y si alguna por ser demasiado violenta no me gusta, cambio de canal.

Hace más de 60 años que no he dejado de leer ni escribir pero como decía Epitacio “No te extiendas en contar tus hazañas ni los peligros que has pasado, no has de creer que los demás tengan tanto placer en escucharlos como tú en decirlos”, mejor no digo más.